

EVIDENTEMENTE, los problemas se van acumulando y ni uno solo se afronta de lleno. Todas —Gobierno, partidos políticos y ciudadanos de a pie— seguimos aplicando la táctica del avestruz: aguantar, seguir tirando, en la falsa idea de que tanto las tensiones como los problemas tienden a perder agudeza, más tarde a olvidarse y el tiempo por sí solo acabe por esclerosarlos o al menos acallarlos. Es la vieja táctica franquista que tan buenos "éxitos de supervivencia" supo darle y que a todos se nos ha metido entre los tuétanos: no habría que resolver nada, sino solamente contemporizar o "apagar" aquellos fuegos demasiado violentos, cuando no suprimirlos por decreto. Y, mientras tanto, aprovechar al máximo las oportunidades que se nos ofrezcan de "pasar lo bien" y, si es posible, "ganar dinero".

Esta es la actitud y estos son los valores que hoy dominan en nuestra sociedad,

por supuesto que a todos los niveles. Valores **materalistas** (orden, crecimiento económico, inflación, etcétera) frente a los **convivenciales** (participación, calidad de vida, libertad real, etcétera). Es decir, valores de seguridad y consumo, frente a valores de liberación y realización personal. No hay interés colectivo comunitario, sino confrontación —suma y resta, divide o multiplica— de intereses individualistas, cada cual por su lado. Se está produciendo un proceso de **desafección**, en cuya virtud se carece de toda ilusión, todo compromiso, el más mínimo espíritu de sacrificio; falta, en una palabra, **corresponsabilidad**. ¿Es esta crisis moral común a todo el Occidente o sólo limitada a nosotros los españoles?

Pero vayamos por partes. También es cierto que los problemas hay que verlos en profundidad. No quedarse en su superficie, en sus apariencias o en sus consecuencias. Y en ese sentido, lo primero es percatarnos de que estamos viviendo una crisis del **proceso de acumulación capitalista**. Por una serie de causas —entre otras las energéticas y de recursos, pero no solas—, lo que hasta ahora parecía un proceso ilimitado de crecimiento económico, comienza a "hacer aguas". El despilfarro del sector público y los servicios sociales, el deterioro de la productividad, el hundimiento de las inversiones, la inflación y el paro no son sino aspectos diferentes de un único proceso: la crisis de nuestro sistema económico-

social, que está montado sobre unos supuestos que ahora comienzan a desplomarse.

Por otra parte, y a raíz de esta crisis, se están agudizando las muchas y graves contradicciones que en nuestra sociedad existen. El país es, cada día más, un **sistema de contradicciones dialécticas** que se manifiesta a todos los niveles. Por ejemplo, se están agudizando las contradicciones en el seno de las propias clases dominantes. Quizá sea este un rasgo característico de nuestra época: las contradicciones se expresan hoy muy agudas entre capital monopolista y no monopolista, entre burguesías centrales y periféricas, entre burguesías agrarias y comerciales o industriales. La

Por encima de todo esto, zarandeado por sus vaivenes, una nueva fórmula de Estado lleva camino de imponerse: la que Nicos Poulantzas llamaba **estatismo autoritario**, que "no es un reforzamiento unívoco del Estado, sino que constituye más bien el efecto de una tendencia, cuyos polos se desarrollan desigualmente, de **reforzamiento-debililitamiento** del Estado". Es decir, una especie de coloso con los pies de barro.

El Estado actual —y no sólo en España, sino en todo el Occidente capitalista— está constituido de tal forma que se convierte en una permanente reproducción de la crisis. El Estado actual no es una respuesta a una crisis que se dispone a afrontar;

más bien es, en cierto modo, la respuesta a una crisis que él mismo también contribuye a reproducir. Y todo ello porque el capitalismo, en su fase actual, reproduce las desigualdades, las aumenta, las exacerba y no las puede reducir. El Estado se ve

obligado a tolerar crisis económicas rampantes, cuyos efectos no controla, tales como el paro, la inflación o los desequilibrios territoriales. Seamos honestos al reconocerlo así: en sus manos no esté afrontarlas con éxito.

Con esta situación de fondo —cada vez más determinante— nos encontramos ahora los españoles. Ante una crisis general del sistema, ante unos tiempos que se presentan difíciles, no cabe "esconder la cabeza debajo del ala" hasta que pase la borrasca; pero tampoco son posibles las salidas convencionales que en otros tiempos resultaron útiles. Ahora habría que pensar en una reconversión en profundidad del sistema. Ahora la izquierda debería pensar que sus "salidas" clásicas tampoco conducen a soluciones correctas; que junto a los intereses de clase existe una confrontación socio-cultural que es imprescindible afrontar. Que, como dice Alain Touraine, "hay que encontrar la fuente bajo el cemento, la palabra bajo el silencio, el debate bajo la ideología". Ni basta con la socialización de la propiedad (modelos comunistas) ni es suficiente la socialización del consumo (modelos socialdemócratas nórdicos). Si, como dice Fernández Ordóñez, la crisis actual "se caracteriza por su estabilidad, por su carácter no transitorio", ¿tendremos, pues, tiempo no sólo de encajarla en profundidad, sino de buscarle las salidas válidas? ■

¿CRISIS DE ESTADO O CRISIS DE SISTEMA?

JOSE AUMENTE

reproducción del capital extranjero produce dislocaciones internas, por su penetración en el propio capital autóctono. Hay una burguesía interior —no nacional— ligada al capital extranjero, pero en contradicción con él; y hay otra burguesía enteramente dependiente del capital extranjero. Es decir, que nos encontramos con una inestabilidad en el bloque hegemónico, larvada, pero permanente y producida por las propias contradicciones de las fracciones que lo componen.

Pero no es este el único nivel de contradicciones. Se han acentuado las desigualdades y disparidades entre pueblos ricos, dominantes, y pueblos pobres, dominados o dependientes, dentro de nuestra propia estructura estatal española. Las diferencias de plusvalía relativa entre unos y otros se ha acentuado, adquiriendo formas complejas y subrepticias. Al mismo tiempo ha aflorado el tema político de las comunidades autónomas, para poner más de manifiesto la agudeza de las contradicciones. Y en otro campo se ha abierto un nuevo frente de contradicciones, al ir manifestándose, cada día más agudamente, la disparidad de intereses entre los trabajadores "colocados" —que exigen continuas reivindicaciones— y los trabajadores **parados**, cuyas posibilidades de encontrar un nuevo puesto de trabajo disminuye en igual proporción que las peticiones de los primeros sean satisfechas.